

parte de su filosofía Romero no ha emprendido la reforma pertinente y se ha quedado con una teoría del juicio que cuadra más con el neokantismo y no con Meyerson.

Los demás artículos abordan siempre bajo el mismo punto de vista otras cuestiones. Hay que destacar el tercero que se ocupa de estudiar las relaciones de comparación, pues contiene una importante aplicación de ideas de Husserl para resolver el problema de la identidad. La igualdad supone siempre la identidad, es lo que Meyerson también había visto ya rehusándose a conceder que el trabajo de la razón se quedaría meramente en el plano de la igualdad, o de la similitud sin aspirar a la absoluta identidad.

Este libro de Romero nos pone ya en camino de una efectiva creación del filósofo argentino. Lo que en otros escritos aparece con menor densidad conceptual aquí se ha robustecido ya grandemente y apunta indudablemente a un pensamiento profundo y claro.

EMILIO URANGA

FERNANDEZ ALMAGRO, Melchor, *La emancipación de América y su reflejo en la conciencia española*, Instituto de Estudios Políticos. Madrid, 1945. 209 pp.

El libro está compuesto por una ampliación del discurso de ingreso del autor en la Real Academia de la Historia, pronunciado en aquella docta corporación el día 2 de febrero de 1944.

Y bien ameritaba aquella alocución ser vertida en forma de libro pues se ocupa de uno de los problemas más interesantes que pueden plantearse en torno al debatido tema de la emancipación americana y de su reflejo, como dice el autor, en la conciencia española. El tema abordado podría describirse de la siguiente manera: De 1808 (invasión napoleónica) a 1824 (batalla de Ayacucho) se extienden las luchas por la emancipación americana, es decir, el desprendimiento de la mayor parte de las colonias de Ultramar, la desmembración del imperio español que tuvo principio en las postrimerías del siglo xv. Este fenómeno histórico, importante bajo todos sus aspectos, puede ser considerado, y así lo ha sido, sólo desde una de sus

vertientes: la Americana. En otras palabras, estudiarse sus múltiples facetas desde el punto de vista de las consecuencias que tuvo para la vida ulterior de las repúblicas Hispanoamericanas. Pero cabe también la posibilidad de abordar el estudio del fenómeno desde el punto de vista de la Metrópoli, es decir, desde el punto de vista de las repercusiones que esta emancipación ocasionó en la conciencia española. Fernández Almagro se avoca, precisamente, a esclarecer estas repercusiones y logra darnos, con toda felicidad, una pormenorizada y objetiva concepción de lo que significó, para España, la pérdida de América. El tema está elaborado con el inteligente auxilio de una ciencia histórica bien asimilada y con una vivacidad que nunca desmaya.

Se inicia el libro planteando una serie de motivos que han llevado al autor a ocuparse de su tema y que se sintetizan en la extrañeza que le ha producido la lectura y meditación de textos coetáneos de la época de la emancipación de América al constatar que no se hace en ellos mención apenas de este importante fenómeno. ¿Cómo es posible que los pensadores españoles, y en general los escritores, memorialistas, y comentaristas no hayan dedicado algunas páginas, e incluso libros, a discutir el problema de la pérdida de las colonias y de las consecuencias que para la vida de la Metrópoli había de acarrear? “El tema no siempre, ni mucho menos, aparece tocado; cuando eventualmente se le roza, no trasluce una preocupación de tipo nacional o colectivo, y si es abordada, con intención más o menos especificada, se advierte, en general, falta de un criterio que acuse dolor o dé la medida de la mutilación experimentada y su trascendencia” (pág. 9). En definitiva que al español de la época le preocupaba poco la suerte del Imperio Ultramarino.

Esto nos hace ya sospechar que en el drama de la Independencia Americana los dos extremos, realista e insurgente, avizoraban la cuestión desde ángulos emotivos muy diferentes, puesto que en el primero, en general, había indiferencia, en tanto que en el segundo había interesada y apasionada consideración. Podemos concluir que América, en su querella por la Independencia bien medía las consecuencias de sus actos, en tanto que España se deslizaba sobre ellas y no les prestaba la debida atención.

La explicación del extraño fenómeno no es difícil de encontrar. En primer lugar buena parte de la opinión española estaba convencida de la justicia de la causa insurgente y la legitimaba con tópicos sacados de la leyenda negra, lo que no deja de llamar la atención, pues nos demuestra, con toda claridad que el liberalismo español anteponía sus principios a los inte-

reses que indudablemente emanaban de la conservación del Imperio Colonial. Ciertos o no, los juicios de la leyenda negra servían de pretextos para no embarcarse en una decidida lucha en contra de las colonias rebeldes. El español liberal sentía que aquellos desenfrenos estaban más o menos justificados por la malicia de una obra conquistadora que había dado a España, de mala manera, la posesión de América. Por parte del conservador español había por el contrario, no consideración justificativa de la emancipación, pero sí desgano e indiferencia, preocupado como estaba por asuntos domésticos. Tanto unos como otros, liberales y conservadores, asumían la actitud de dejar hacer y por una o por otra causa no avivaban a la opinión pública para ponerla en trance de decisión. De otro lado existía la confianza en que determinadas concesiones administrativas pondrían fin a los alegatos insurgentes, y el político burócrata, que confía siempre en que reformas administrativas solventarán todas las dificultades, se conservaba a la expectativa, sin urgirse a la acción. Finalmente algunos grupos ponían toda su esperanza en las armas, descansando sus inquietudes en la convicción de que cuerpos expedicionarios, enviados a la hora debida, pondrían fin de una buena vez a los tumultos de Ultramar.

Como se ve, los sectores más caracterizados de la opinión pública fallaban lamentablemente en su juicio. Los liberales, sumergidos en su pensamiento utópico concebían que los afanes libertarios conducirían, al fin y al cabo, a un entendimiento, ya que los incursaba un idéntico propósito. Lo que el liberal deseaba para España, el insurgente lo deseaba para América, y por una especie de armonía preestablecida se confiaba en que los dos propósitos se conciliarían. Esto fué una deplorable equivocación. El liberal de América pensaba resolver sus problemas sin ningún llamado o atadura con el liberalismo español. Bolívar, por ejemplo, critica duramente la Constitución de Cádiz: "La Constitución Española es un monstruo de una forma indefinible . . . se ha visto que ha hollado la religión, ha hollado el trono, y no ha sembrado la libertad . . . no es más que un gobierno popular con un rey, para que estos dos extremos, en un choque perpetuo, produzcan el conflicto más doloroso y más interminable". (págs. 75-76). Y sin embargo en España, los liberales, todo lo esperaban de la Constitución. Significaba para ellos el verdadero camino real que conduciría a la pacificación y al arreglo de todas las diferencias. Como todo liberalismo tenía puesta su confianza en la retórica parlamentaria y como todo liberalismo, también, desconocía los factores irracionales que por debajo hacían imposible toda componenda.

Esto sin embargo, hemos de agradecerlo los americanos, porque, todo lo utópico que se quiera, este pensamiento paralizó una acción, que tal vez hubiera costado un derramamiento de sangre todavía mayor que el que ocasionó la guerra de independencia, pues hubieran entrado en el holocausto un número mayor de tropas españolas y en consecuencia, un número mayor de víctimas americanas. Además, viendo ya el fenómeno en un trasfondo más amplio, e ingresando, por accidente, en un tema que pertenece, por derecho propio, a la filosofía de la historia, las concepciones liberales de españoles y americanos pueden estimarse, como un momento de esa secular lucha que se libra en el ámbito de la cultura española entre tradicionalismo y modernismo, y si el siglo XIX fué aquí y allá bochornoso y sangriento esto no significa sino que fracasaron todos los generosos intentos de hacer entrar la cultura española en los caminos de la modernidad y que el liberalismo pese a sus limitaciones fué un paso que las naciones americanas no pueden nunca olvidar, ni mucho menos desconocer; si se perdió el imperio de América esto hay que achacarlo no al liberalismo, como sugieren malévolamente sectores de opinión franquista, sino a esa inadaptación que siglos de colonialismo y de incapacidad política y económica crearon y legaron al malhadado siglo XIX.

Los conservadores por su parte, traduciendo una actitud muy sintomática, se desinteresaron de la suerte de América. Su confianza en el cuerpo constitucional les privaba de visión política y encastillados en la rutina administrativa no pudieron entender que el tiempo exigía trascendentales modificaciones en la estructura de la Nación.

La célebre batalla de Ayacucho librada el 9 de diciembre de 1824 puso fin, definitivamente, al Imperio español en América. Los generales criollos se dieron perfecta cuenta del significado de esta batalla pero la opinión española no lo percibió. Después de acaecido se abrigan todavía ingenuas esperanzas de una posible reconquista y la conciencia española aún confiaba que las naciones americanas volverían de *motu proprio* a la secular dependencia. Así se perdió América ante la indiferencia y la complicidad de la conciencia española. Más tarde los reconocimientos diplomáticos de las jóvenes repúblicas hispanoamericanas encontraron camino franco, abierto desde la época misma de los inicios de la emancipación, por la generosidad liberal y la despreocupación de los absolutistas.

Este libro de Fernández Almagro abre insospechadas perspectivas a la investigación de esta época. Trabajado con los más severos métodos de la ciencia histórica y presidido por un espíritu todo luminosidad y objetivi-

dad ha de contarse como una de las aportaciones más densas a la historiografía de las guerras de Independencia. La parte final la compone una selección de documentos que ilustran desde un ángulo parcial, es decir, circunscripto, la opinión que mereció la batalla de Ayacucho a algunos de sus actores españoles. La impresión es clara y cuidada.

EMILIO URANGA

Roberto MAC-LEAN Y ESTENOS, *Sociología Integral*. Lima (Talleres de Gil), 1945. 848 p.

El profesor Roberto Mac-Lean y Estenós, Catedrático Principal y Titular de Sociología y de Historia de la Pedagogía, en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, del Perú, publicó el año pasado su último y más vasto estudio sociológico, que denomina "Sociología Integral".

El profesor Mac-Lean y Estenós es bien conocido por sus estudios sobre la sociedad en el Perú y por sus estudios sociales de carácter general. Entre aquellos recordamos su "Sociología Peruana" y su "Sociología Educativa del Perú" y entre estos, algunas obras que fueron el antecedente mediato de la "Sociología Integral".

Desde el año de 1929 el profesor Mac-Lean y Estenós publicó una exégesis sobre el contenido, método, orientaciones y leyes de la Sociología, y un año más tarde un programa analítico del curso dictado en la Facultad de Filosofía de la Universidad de San Marcos. Pero su primera obra completa, su primer tratado de "Sociología" no apareció sino ocho años más tarde, en el de 1938.

Ahora nos presenta una obra de tipo monumental y con carácter e intenciones típicamente didácticos, que abarca todo el campo de esta disciplina en extensión y en tiempo. Esto representa un esfuerzo extraordinario no sólo en cuanto al estudio y la investigación, sino en cuanto que logra perfectamente delimitar una materia, que como la Sociología, fácilmente encuentra vías y escapes, que la separan de sí misma. El tratado del profesor Mac-Lean y Estenós parte del estudio del contenido y esencia de la Sociología, para estudiar después: las relaciones de esta disciplina con otras disciplinas; las escuelas que la han cultivado, desde Comte hasta las con-